

# Un hombre en la raya

José Jiménez Lozano

📍 Maquinaria del reloj de la Iglesia Parroquial Santa María de la Encarnación (Constantina, Sevilla) / VÍCTOR FERNÁNDEZ SALINAS



De manera sutil pero profunda, José Jiménez Lozano relata la irrupción del progreso en Atajo, un pueblo donde, hasta ese momento, la ausencia de la modernidad era entendida por los foráneos como el síntoma más evidente de atraso. A través de minuciosas observaciones y un sarcasmo manifiesto se describe y descubre la contradictoria condición humana. El autor muestra cómo la forzada modernidad desemboca en la destrucción del pueblo, de sus señas de identidad, de los símbolos de continuidad y fidelidad, de la tradición, cómo el progreso así entendido corrompe, asola y uniforma.

## CAPÍTULO VIII

1  
Las obras de levantamiento de un hotel en Atajo se airearon en toda la prensa, la radio y la televisión nacionales, como la construcción de una especie de Tebaida en la que quebrantados hombres de negocios, políticos, escritores y artistas pudieran encontrar el silencio y la tranquilidad que buscaban. Pero a Atajo no se llegaba fácilmente, y había que facilitar ese acceso; no tenía servicios de agua y de luz sino muy deficientes, y había que instalarlos nuevamente; era una aldea desangelada y sin

carácter, que no ofrecía la debida atractiva imagen, y había que remodelarla de arriba abajo, tanto en sus construcciones como en sus calles. Y había que restaurar la iglesia, e incluso hacer de la vieja cabaña o triste guarida de pastores de «Aprisco viejo» una estancia exótica, que podía ser como en una especie de «Pagoda», con un jardín de arena, y funcionar como un sofisticado salón de té.

El hotel proyectado tendría unas veinte habitaciones nada más, y entre ellas seis suites especiales, para huéspedes especiales también, que igualmente tendrían comedor apar-

te; pero en general todo estaba proyectado para que cada uno de los residentes se sintiera solo si quería estar solo, y encontrase enseguida compañía si la deseaba. Y se pensó también dedicar un espacio para grupos, congresos y reuniones, pero luego se renunció a tal idea. Éste sería un lugar para la soledad, y soledad incluso para ver cine si se deseaba; y lo mismo ocurriría en el caso del deporte. La teoría del «Comité de especialistas», del que formaban parte arquitectos sobre todo, pero también psicólogos, expertos en arte, decoración, cocina, higiene y dietética, sonido, y otras áreas, era levantar

un complejo de hospedaje que respondiera «a las necesidades más profundas del hombre moderno»: las de un descanso físico y mental, un contacto con la naturaleza, en «una soledad acompañada», y desde luego equilibrada y tranquila; y, para eso, había que cuidar hasta el color de las paredes de las estancias, y de la moqueta, el de los mismos muebles, al igual que de su forma, y de la gradación de la luz, además de la pura comodidad física, y de la elegancia misma de los objetos aparentemente más indiferentes, pero que no eran tales, como los interruptores de la luz o los manillares de las puertas.

Desde luego, la arquitectura sería de vidrio y aluminio en una parte del edificio, pero en la otra sería sólida, de piedra y ladrillo, y la insonorización perfecta, pero al mismo tiempo capacitada para la captación de los ruidos de la naturaleza. Había partidarios de llevar allí ciertas especies de pájaros exóticos fácilmente adaptables al medio, pero otros defendían la idea de dejar ese medio sin intervención ninguna. Los había que habían propuesto, como adorno y decoración, instalar algunas tallas o pinturas antiguas, pero los más pensaban que el verdadero descanso de la mente sólo se producía ante la pintura abstracta y los puros juegos de formas para la escultura, por la sencilla razón de que aquel arte convencional o clásico siempre suscitaba pensamientos y sentimientos, mientras que el arte no figurativo era contemplación pura de formas no significativas, pero con un indudable poder para provocar serenidad, por eso mismo.

Se planteó también, desde luego, el asunto del vecindario en el pueblo, porque obviamente los visitantes no iban a vivir con las gentes, y sólo se las encontrarían de modo eventual, pero eso quería decir que las gentes del pueblo no deberían ofrecer un espectáculo de pobreza, o ni siquiera de abandono o descuido; ni tampoco debería ocurrir esto con sus casas, que también circunstancialmente los residentes podían tener la curiosidad de conocer. Por el contrario, deberían ofrecer los habitantes del pueblo una cierta

civilidad y estilo, y todo eso comportaba problemas. El primero era el de decidir el número de esos habitantes, y determinar su modo de vida. El segundo, la necesidad de una especie de reciclaje de las personas; por lo que en general las gentes de cierta edad, y por lo mismo ya no reciclables, debían ser acomodadas en residencias, o trasladadas a otras aldeas, más bien lejos de aquí, porque con las aldeas que estaban cerca de Atajo, en aquella especie de gran pozo que formaban las elevaciones circundantes, también habría que tomar la misma determinación que para Atajo. Y, desde luego, habría que pensar en las nuevas generaciones, por lo que, en la escuela del pueblo grande, se orientaría la educación de los niños de estos pueblos en este sentido; para ser los privilegiados habitantes de Atajo, parte integrante y muy importante del nuevo paisaje geográfico y humano.

Una cuestión aparte era la de la iglesia. Sin duda había que restaurarla totalmente. Los estudios hechos, y las calas y catas que se habían realizado, habían mostrado que se trataba de una verdadera joya románica muy primitiva, y en la entrada de la escalera de la torre, y en una de las paredes de lo que era el baptisterio, habían aparecido pinturas góticas. En la escalera, un esqueleto que transportaba un ataúd, y, en el baptisterio, una «Piedad» o «Descendimiento de Cristo de la cruz». Y, a este respecto, también había que tomar varias decisiones.

La primera era restaurar la iglesia, aunque no para que continuase con el culto como hasta ahora, sino 'para conservarla como la joya artística que era, pero sin culto alguno; y hacer una capillita en las afueras del pueblo para la docena de personas de ya cierta edad que todavía fueran a ella, y sobre todo porque, sin el levantamiento de esta capilla, el obispado era probable que no cediese la iglesia; pero, si la capilla se levantaba, no habría dificultad en esa cesión, y eran cuatro perras, además, las que costaría su construcción, porque ahora estaban de moda las iglesias de cemento,

como las paneras o los garajes de coches, y las naves industriales. El caso era que tuvieran luz de neón y cristalerías de colorines como rompecabezas, y dos o tres hierros como cristos o vírgenes. Esto ya estaba hablado y prácticamente acordado, al igual que la cesión también de las campanas y esquilines, no sólo de Atajo sino también de otras aldeas, que se proyectaba colgar de una especie de gran espadaña de piedra a la entrada de la aldea, como un monumento singular a la antigua cultura y un carillón manejado eléctricamente para ciertas ocasiones, cuando se determinase por los antropólogos y folkloristas el significado antiguo de las músicas de las campanas, y el que podían y debían tener ahora para los hombres de hoy.

Respecto a las pinturas de la iglesia, la mayoría del Comité se inclinaba por trasladarlas a un museo, por varias razones, que iban desde el hecho de que conservar esas pinturas góticas en aquella estructura románica remozada no tenía mucha razón de ser, hasta la consideración de que las pinturas eran de un carácter más bien religioso fundamentalista, incompatible con el clima de paz y serenidad que se quería instalar por todas partes, y los temas estaban tratados, además, de un modo ciertamente descarnado, con una crudeza y un morbo intensos. *Cras et tu mories*, se leía en la pintura de la entrada de la torre, y *Mortuus est pro nobis*, en la otra, y todo el mundo podía hacerse traducir estas leyendas. No era agradable, ni psicológicamente sano, el recuerdo de tanta muerte y culpa. «¿De qué era el hombre culpable? ¿De qué?», se preguntaban en el Comité.

JIMÉNEZ LOZANO, José. *Un hombre en la raya*. Barcelona: Seix Barral, 2000, pp. 142-146

La publicación de estos fragmentos de la obra *Un hombre en la raya* ha sido posible gracias a la autorización del autor, José Jiménez Lozano, y de RDC Agencia Literaria, S.L.